

## Comentario del texto<sup>1</sup>

El maestro Inventor. Simón Rodríguez. De Walter Kohan

Por Marcela Gaete

Es difícil referirse en tan poco tiempo a un libro tan apasionante e intrigante como este. Simón Rodríguez está lejos del imaginario de los docentes chilenos. Ni en la escuela ni en la universidad se entrega la más mínima referencia de su vida y aporte intelectual, a no ser por un par de datos historiográficos referidos a los procesos de independencia en Latinoamérica. Me enfrento al texto con curiosidad y una cierta perplejidad, pero con la convicción que será una aventura y un desafío al pensamiento, como otros libros de Walter... Y lo es.

En primer lugar, esperaba encontrarme con una biografía, tal vez, novelada. La introducción me desconcierta aún más, no es nada de lo que podría esperar a partir de mis referentes académicos y literarios. No logro comprender su absoluta riqueza hasta que leo la última página, es más, hasta un tiempo después, que me resuenan los ecos de las sensaciones y reflexiones que me surgen. Por tanto, comentaré lo que me hizo pensar el texto, que a su vez es una conversación de Walter con el texto de la vida de don Simón. Una particular conversación desde el presente y el pasado, desde la pedagogía y la filosofía, desde los problemas que nos afectan en nuestra América, pero que también nos han afectado como seres humanos desde los tiempos de Sócrates, y mucho antes y tanto después: ¿Para qué educar? ¿Cuál es la relación entre pedagogía y filosofía? ¿Puede ser esta última una práctica militante de la vida y de la enseñanza? ¿Es necesario que los filósofos sean educadores y los educadores filósofos? ¿Cuál es el papel de un educador-filósofo y de un filósofo-educador en la escuela? ¿En cuál escuela, en una que excluye, separa, domina o en otra que hay que construir? ¿Se puede llamar a Simón Rodríguez filósofo? ¿A cuántos y cuántas más en nuestra América se podría llamar filósofos y filosofas?

Walter Kohan recupera la interpretación de Bolívar de Don Simón como “el Sócrates de América”. Lo que a mi juicio es una osadía y un atrevimiento académico de la más alta envergadura, pues desafía los actuales cánones oficiales para llamar a alguien “filósofo”. Cánones que ni siquiera aplicarían para ¡el padre de la filosofía! El texto constituye una provocante invitación a repensar la posibilidad de filosofar a partir de los problemas acuciantes de la realidad y a enseñar, no para transmitir saberes validados, sino como posibilidad de transformación. Filosofía y educación por tanto, deben bajarse del pedestal

---

<sup>1</sup> Gaete, Marcela (2015). El maestro Inventor de Walter Kohan. En: IV Jornadas de Filosofía con niños y niñas. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile

de las verdades reveladas solo a algunos elegidos y resituarse en el territorio de la vida y la experiencia, que no solo transforma al discípulo y al aprendiz, sino por sobre todo al maestro. Esto es lo que devela la historia del niño Thomas —uno más de los marginados de América— en la vida de Simón Rodríguez. ¿Cuántos Thomas habrán pasado por la vida de filósofos y educadores sin ni siquiera mirarlos? ¿De ser así, podemos llamarnos educadores o filósofos?

La irreverencia del texto resitúa la filosofía y la pedagogía como prácticas de desobediencias, transformaciones, errancias, desencuentros, tropiezos, invenciones, hospitalidad, acogida, vitalidad, risas, juegos, sueños, libertad. Bastante lejos de lo que hoy vivimos en la escuela, por lo menos la chilena, y por qué no decirlo en la práctica filosófica tradicional.

Finalmente, me quiero detener en el título del capítulo 2 “Viajar y formar(se): la errancia”, pues generó una mirada a mi propio viaje pedagógico. Viajar no es vagabundear, ni turistar. El primero sin sentido, el segundo un divertimento fugaz. Puedo decir que he viajado por otros territorios físicos y simbólicos, y en cada viaje me he transformado. No obstante, el viaje aún es sancionado socialmente, cuando se es mujer y madre. Me pregunto por Don Simón, y por quienes dejó detrás de sí, me pregunto por mis propias culpas tras cada viaje. ¿Es posible para mí, y para tantas mujeres como yo, la errancia? ¿Cómo podemos pensar la dialéctica entre el viajante y quien se queda a construir? ¿Entre el arraigo y el territorio versus la inquietud, la búsqueda y la insatisfacción? ¿Se puede ser un maestro inventor en la pasividad, en la quietud de la verdad, en el conformismo?

Hacer escuela es un modo de viajar, de inventar, de transformar... No nos extrañe entonces la quietud de la escuela y la universidad. Quietud, transmitida y aprendida por muchos docentes, que garantiza que millones de Thomas, sigan viviendo la vida de Thomas, y se mantenga el orden establecido ¿Debe la filosofía y su enseñanza reconfigurarse, moverse, reinventarse para que muchos otros como Thomas sean también maestros inventores?